

La vida flash

Por Guillermo Oliveto

Para LA NACION

Noticias de [Opinión](#): anterior | siguiente

Miércoles 27 de febrero de 2008 | **Publicado en edición impresa**

A paso de cangrejo es el título de uno de los últimos ensayos de Umberto Eco. Desde su perspectiva, son muchos los aspectos en que las sociedades actuales, creyendo avanzar, retroceden.

Días atrás se conoció la noticia acerca de un proyecto inglés para transferir tecnología espacial al ámbito comercial y crear un nuevo avión –¿cohete?– capaz de volar a unos 5000 kilómetros por hora. Dentro de veinte años podríamos llegar a España en menos de tres horas.

No hay dudas de que –en palabras del propio Eco– “vivimos una era hipnotizada por la velocidad”. De manera creciente, nuestra cultura entroniza el instante como uno de sus valores supremos.

El exponencial desarrollo tecnológico de la última década mucho ha tenido que ver para que esto suceda. Se está transformando de manera feroz la tradicional concepción del tiempo y el espacio. En el Museo de Arte Moderno de Nueva York (MoMA) se expone como una reliquia el primer iPod. Fue lanzado al mercado en el año... ¡2001!

Solemos fascinarnos –hipnotizarnos– con lo nuevo como si la novedad fuera un valor en sí misma. Lo es en muchos casos, aunque no en todos. Estar “siempre” conectado puede ser tan maravilloso como, por el contrario, alienante. Son las mismas compañías de teléfonos celulares las que hoy están promoviendo públicamente un uso responsable del teléfono móvil. Promueven “que la comunicación no nos incomunique”.

Como ha sucedido tantas otras veces a lo largo de la historia, nos enfrentamos hoy con la necesidad de aprender a manejar nuestras nuevas herramientas. Algo que, a fuerza de prueba y error, seguramente haremos. Siempre ha sido así.

Resulta más inquietante, y necesario, analizar qué efectos está produciendo en nuestra construcción de sentido, y en nuestras conductas, esta nueva “vida flash”. Especialmente entre los jóvenes, dado que es la única de la que tienen registro. Algo que, por supuesto, va mucho más allá de las implicancias tecnológicas.

Con el brillante sarcasmo que lo caracteriza, en su último libro, Roberto Pettinato esconde detrás del humor un ácido cuestionamiento a nuestro día a día. “Digo yo, si ya nadie quiere estar con otro, ni charlar, ni curtir, ni mirar tele, ni coleccionar discos, ni salir a caminar, ni mirar las estrellas, ni siquiera dormir 3 horas en 7 días... ¿cuál es el problema de que... (tantos países) tengan sus armas nucleares listas para ser disparadas?”

¿Podemos seguir viviendo en el puro presente? ¿Somos conscientes de que entre todo y nada la diferencia es ínfima? Si todo es presente, nada lo es. Al expandir el presente sobre los tradicionales espacios del futuro –hay tanta incertidumbre que no tiene sentido pensar en él– y el pasado –ya fue–, no hacemos otra cosa que reducirlo. Y, a la vez, reducirnos. Todo dura un instante. Y los instantes son prácticamente imposibles de atrapar.

Si realmente lo único que nos importa –y necesitamos– es el presente ¿por qué de pronto lo retro está por todos lados? LA NACION publicaba recientemente el auge que ha tenido en la ciudad de Buenos Aires el ciclo de relatos sobre mitología griega a cargo de José Eduardo Abadi. El arte de vivir. Filosofía para mentes jóvenes, reciente libro del filósofo francés Luc Ferry, es un best seller global. En las principales capitales del mundo desarrollado se vive un auge de los museos. Se han transformado en atractivos turísticos fundamentales. Es cierto que varios han ganado en espectacularidad y escenificación, pero esto no invalida el mensaje que desde allí nos llega.

El gran fotógrafo Helmut Newton abre el libro de su muestra Work diciendo: “Mis fotos no están retocadas ni procesadas electrónicamente. Fotografío lo que veo.”

Ese canto a la versión más clásica del amor que resulta la película Orgullo y prejuicio (2005) –donde brilla la joven estrella británica Keira Knightley– está filmada con una lentitud que estremece. El reconocido chef Francis Mallmann, vanguardista por excelencia, eligió abrir su nuevo restaurante y hotel en un pueblo del Uruguay que parece detenido en el tiempo –Garzón–. Marcas como Nike,

Adidas, All Star, Reebok y Topper ponen ya tanto énfasis en sus modelos más innovadores como en el relanzamiento y *aggiornamento* de los clásicos. Repasando la comunicación gráfica de muchas de las marcas más sofisticadas, puede apreciarse una creciente presencia del blanco y negro. Y son cada vez más las que explícitamente nos cuentan su edad. Mantenerse, cuando todo es efímero, tiene doble valor.

Al desdibujarse los dos grandes ejes que nos orientan –tiempo y espacio–, naturalmente nos “desorientamos”. Perdemos ubicuidad. Nos cuesta saber dónde estamos y adónde vamos. ¿Será que de un modo inconsciente lo estamos percibiendo? ¿Es esto lo que evidencian las aparentemente inconexas –y quizás para algunos triviales– señales de la cultura, el entretenimiento y el consumo? ¿Estamos, casi desesperadamente, buscando retazos del pasado que nos otorguen un mínimo anclaje? ¿Puede realmente disfrutarse –o tolerarse– el presente si no está acompañado por un pasado y un futuro que articulen ese relato que es, en definitiva, la vida? ¿Quiénes somos si no podemos siquiera sostener una historia y abrazar un proyecto? ¿Habrá cosas en el arcón de los recuerdos – valores, códigos, compromisos, sueños, utopías, sensibilidades– que añoramos sin que todavía nos demos permiso para reconocerlo?

En este siglo que recién comienza, el progreso, la ciencia y la tecnología nos llevan hacia un mundo de infinitas oportunidades. Nos movemos a una velocidad inusitada, inédita. Todo tiempo pasado no fue mejor. Más bien, lo contrario. Sin embargo, no por eso podemos desconocer su necesaria injerencia en la construcción de nuestra identidad. Actual y futura. Individual y colectiva. Somos lo que somos. Pero también lo que fuimos. Eso es lo que nos viene a recordar esta “invasión” repentina de un pasado que muchos habían dado ya por sepultado.

Imperceptiblemente –y no tanto– crece la angustia por esa recurrente y vacía sensación de fin de fiesta que deja la “vida flash”. Empantanados en el puro presente, ya son varios los que, paradójicamente, están pensando en retroceder para poder avanzar.